

LA LEGALIZACIÓN DE LA POLIGAMIA

TERESA GIMENEZ BARBAT

“It is hardly possible to read Mr. MacLennan’s work and not to admit that almost all civilised nations still retain some traces of such rude habits as the forcible capture of wives. What ancient nation, as the same author asks, can be named that was originally monogamous?”

-The Descent of Man 1871

“It is hardly possible to read Mr. MacLennan’s work and not to admit that almost all civilised nations still retain some traces of such rude habits as the forcible capture of wives. What ancient nation, as the same author asks, can be named that was originally monogamous?”

-The Descent of Man 1871

Cuando se aprobó el matrimonio homosexual, algunas voces escandalizadas advirtieron que si se abría tanto la mano ¿por qué se iba a impedir otro tipo de matrimonio como el polígamo? Si el matrimonio ya no es la unión de un hombre y de una mujer con el fin de procrear y de crear una familia, es razonable que grupos que también comparten esa idea hagan oír su voz.

La poligamia es el matrimonio de un contrayente con varios cónyuges. Cuando este contrayente se casa con varias mujeres, hablamos de poliginia; en el caso de que lo haga con varios hombres, hablamos de poliandria. Como veremos más adelante, la poliginia es, de lejos, la práctica más extendida entre los matrimonios poligámicos. Se tiene conocimiento de muy pocas culturas que practiquen la poliandria, y siempre bajo unas restricciones muy concretas. El control de esposas múltiples en el pasado, al menos, ha sido una institución aceptada en las tres cuartas par-

tes de las sociedades de todo el mundo. Todavía hoy muchos países la practican, fundamentalmente los islámicos y, con determinados subterfugios, algunos grupos cristianos, especialmente los mormones. Existen organizaciones islámicas y cristianas que abogan activamente por su legalización¹. Así que, demanda, existe. Y si es así, ¿qué argumentos podríamos oponer a la legalización del matrimonio poligámico?

Uno que se nos ocurre de inmediato es el de la discriminación sexual. Entre los países que practican la poligamia no se contempla otra opción que la poliginia. En el mundo musulmán, el hombre tiene derecho a tener hasta 4 esposas, siempre que demuestre poder mantenerlas. Pero los hombres en estos países no pueden ser coleccionados a su vez por las mujeres. Es de suponer que en una España progresista y moderna esto no sería el caso. El matrimonio homosexual, precisamente, se ha promovido en contra de la discriminación secular de una opción sexual contra un “género”. Si nuestra legislación hablase de poligamia, no sería en principio algo contrario a la igualdad entre los sexos y se crearían leyes que protegiesen por igual los derechos de hombres y de mujeres a unirse con varios miembros del sexo opuesto².

Entonces, si el matrimonio ya no se considera la unión de un hombre y de una mujer, y esto no vulnera los derechos de los ciudadanos, ¿qué argumentos vamos a poner cuando el dilema ya no sea éste sino la unión de un *solo* hombre con una *sola*

mujer o viceversa? ¿Qué diremos cuando se plantee de nuevo la poligamia, que lo volverá a hacer?³. Vamos a ver, primero, qué tipo de sociedades contemplan o han contemplado la poligamia y por qué el matrimonio monógamo es el más generalizado en las sociedades occidentales.

Unos apuntes de biología

En el mundo animal, la estrategia de formación de pareja está determinada por un imperativo básico: las hembras de la mayoría de los animales hacen una apuesta más arriesgada en esta elección que los machos. El mismo óvulo es más grande, más rico y requiere un gasto biológico superior que el único espermatozoide que lo fecundará después de competir con millones de otros espermatozoides. Por otro lado, están las otras cargas: el limitado período de tiempo en que pueden reproducirse las hembras, la gran inversión que requiere un embarazo y la atención que necesita cada hijo concebido. Además, y esta es una diferencia definitiva, cuando se logra el embarazo se cierran ulteriores oportunidades de cría. En un embarazo, la hembra invierte una fracción sustancial del tiempo que le resta de vida reproductora. Eso no ocurre con el macho, que tiene la capacidad física de inseminar a otra hembra casi de inmediato.

Teoría de la Inversión Parental⁴ permitió a científicos e investigadores predecir pautas de elección de pareja y de cortejo, grados relativos de permisividad sexual, ansiedad de la paternidad, tratamiento de las mujeres

como recursos y también de la poliginia. El animal humano juega entre la monogamia y la poliginia. Por regla general, los machos son más corpulentos que las hembras y eso suele hablar de un pasado de luchas por el control de las mismas. Cuánto más pequeña la hembra, más posibilidades de que el grupo familiar se organice en forma de harén. Un extraterrestre que llegase a nuestro planeta por primera vez y viera la diferencia de estatura y de peso entre los dos sexos se imaginaria esta historia. Por todo ello, en un sentido profundo, los machos se inclinan por la cantidad de oportunidades de sexo antes que por la calidad de la relación, al revés que las hembras, que tienden a favorecer la seguridad que ofrece un proveedor fiable de recursos para ellas y sus hijos.

Unos apuntes de antropología

Los hombres pueden maximizar el número de hijos aumentando el número de parejas sexuales. Pero las mujeres pueden tener un número limitado de hijos y eso no varía si aumenta el número de cónyuges. En el cortejo humano, se percibe que los hombres destacan el acceso sexual exclusivo y las garantías de paternidad, mientras que las mujeres destacan de manera consciente el compromiso de su pareja y la seguridad material que ofrece. A los hombres les interesa más el sexo (o en mayor cantidad) que a las mujeres, cosa que prueban las páginas de contactos de las revistas y la prostitución en general. Ellos componen mayoritariamente la demanda y ellas la oferta.

En todos los grupos humanos, la proporción entre sexos es similar. Hay una ligera ventaja inicial de los hombres que luego se estabiliza por su mayor siniestralidad y algunas características propias de su salud. En términos generales, hay un hombre para cada mujer y viceversa. Que los hombres tengan tendencia a acaparar cuantas más mujeres mejor tiene origen evolutivo y no exclusivamente cultural.

El acceso a varias mujeres tiene un componente económico y de estatus: en sociedades y estados despóticos, los machos dominantes tienen acceso fácil a múltiples mujeres y producen más hijos, con frecuencia con una desproporción espectacular. Sin embargo, en la mayoría de sociedades, sobre todo en las más precarias, las de nuestros ancestros cazadores-recolectores, la monogamia es la fórmula matrimonial más extendida. ¿Por qué en estas sociedades un hombre ha de conformarse con una sola mujer? Precisamente por ser precarias: un principio general es que la igualdad económica entre hombres tiende a impedir la poliginia. Para tener más de una mujer hay que tener recursos y, además, afrontar el riesgo del rencor que genera entre los hombres sin pareja el que otros tengan más de una. Esto no es baladí en un pequeño grupo tribal y por sí solo ya le quita misterio a la cuestión de su monogamia. La mayoría de estas sociedades son lo que los antropólogos llaman “sociedades no estratificadas”, es decir, sociedades sin diferencias económicas o de clase muy notables.

No, la monogamia en una sociedad de cazadores recolectores no llama la atención. Lo curioso son las seis docenas de sociedades en la historia del mundo, incluyendo las modernas sociedades industrializadas, que han sido monógamas y a la vez económicamente estratificadas. Ha habido y existen sociedades con repartos desiguales de la renta, con clases más favorecidas económicamente que otras y que, si embargo, han mantenido leyes monogámicas para todos. Esta paradoja ha sido explicada por el biólogo Richard D. Alexander⁵, uno de los primeros en aplicar el nuevo paradigma darvinista a la conducta humana. Este investigador opina que cuando encontramos monogamia en sociedades de subsistencia, “no estratificadas”, estamos ante una monogamia impuesta económicamente. Cuando la encontramos en sociedades estratificadas, ricas, él la considera socialmente impuesta. La monogamia, en principio, tiene inconvenientes adaptativos para los dos sexos. Para ellas, porque les impide aparearse con el mejor hombre a su alcance aunque no sea la única en poseerlo. Para los machos con poder, restringe sus posibilidades de procreación. En opinión del biólogo Ambrosio García Leal⁶, la monogamia genuina fue inicialmente una “opción marginal”. Según considera, los machos subordinados y carentes de atractivos, que en un régimen poligínico estaban condenados al celibato, tendrían ahí una posibilidad real de dejar descendencia. Nosotros, los habitantes del mundo occidental, los de la hace años

parte rica del mundo, podríamos ser poligámicos y decidimos ser monógamos. Si el motivo resulta ser “social”, como dice Alexander, o “ideológico-religioso”, en un estado secular el debate es susceptible de abrirse a la razón.

Argumentos para su legalización

En nuestra tradición occidental, como alternativa a la poliginia legal existe la figura de “la otra”. Aunque ser una “querida” haya sido escandaloso y aún sea algo reprochable, muchas mujeres prefieren esto a su alternativa: ningún hombre o un hombre con pocos posibles. Porque un hombre con recursos y salud es codiciable y atraerá a muchas mujeres aunque esté en la madurez. La monogamia convierte a los hombres en un bien preciado que se ha de pagar. La dote de la novia es típica de las sociedades con monogamia. En cierto sentido la dote es el precio de un desequilibrio. En las sociedades poligámicas la dote es poco corriente. Es el hombre quien paga. Si la poliginia fuera legalizada, el mercado sería menos artificial: los hombres más ricos, o más atractivos, o más famosos o lo que quiera que pueda ser un valor añadido, más que hacerse con muchas dotes se harían con muchas esposas. Los millonarios que vemos en las revistas no se fijan exactamente en las cualidades morales, económicas o intelectuales de sus nuevas parejas.

El pasado 14 de enero de 2007, en la contraportada de *El país* aparecía una noticia firmada por Pilar Bonet con el título: *Poligamia por la patria*. En ella

se decía que existían políticos rusos que defendían este tipo de matrimonio “para resolver la crisis demográfica”. Concretamente hablaba del jefe del Gobierno en funciones de Chechenia, Ramzán Kadírov, partidario de esta medida para equilibrar la disparidad entre el número de mujeres y el de hombres puesto que, en Rusia, hay 10 millones (entre un 9% y un 18%) de mujeres más que hombres. Como, a diferencia del resto del Estado ruso, en Chechenia la tasa de natalidad triplica a la mortalidad, cada año 300.000 niños nacen fuera del matrimonio. Parece que la propuesta no se limitaría a los musulmanes del Cáucaso sino a todo el Estado.

Por su parte, los musulmanes explican el origen de la poligamia en la batalla de Uhud⁷, en la que murieron tantos soldados que numerosas esposas quedaron solas y numerosos niños quedaron huérfanos. La manera de solucionarlo fue este tipo de matrimonio, que remediaba el daño colateral de una guerra y que, en principio, era restringido a una situación de emergencia social. Que no queden mujeres sin hombre, ni niños sin padre legítimo es uno de los argumentos para legalizar la poligamia que utiliza Mansur Escudero⁸. Para defender esta legalización exhibe argumentos objetivos y racionales y recuerda que “Hace sólo cincuenta años, después de la segunda guerra mundial, había en Alemania más de siete millones de mujeres que de hombres, de ellas tres millones eran viudas. La proporción de mujeres entre veinte y treinta años casi duplicaba al de hom-

bres. Esta situación provocó el que muchas tuvieran que recurrir a la prostitución o a convertirse en amantes clandestinas. En una conferencia internacional de la juventud que se celebró en Munich, en 1948, se debatió este problema, llegándose a la conclusión de que ninguna solución podía ser más satisfactoria que el aceptar y regular la poligamia.”

No cabe duda de que la poligamia tiene sus virtudes cuando se trata de manejar el equilibrio básico entre sexos. En nuestra cultura cuando un hombre tiene la crisis de la edad empieza a mirar con otros ojos a la madre de sus hijos y se enamora de una mujer más joven. Cuando esto ocurre le exigimos que deje formalmente, a través del divorcio o de la nulidad, a la una antes de irse con la otra. Así se abandonan una mujer y unos hijos muchas veces en precarias condiciones. En otras culturas se le dice: de acuerdo, pero siempre y cuando puedas mantener también a la nueva esposa y a sus hijos. Muchas mujeres divorciadas con hijos estarían mejor si existiese la poligamia.

Porque los hijos son un problema importante, como advierten Martin Daly y Margo Wilson en su libro *Homicide*. Muchos niños son criados sin padre por padrastros que “a menudo carecen de la devoción darwinista de un padre biológico”. En sus libros describen cómo los niños que no se crían por ambos padres biológicos se enfrentan a un riesgo más elevado de maltrato, incluso de muerte. Para ellos, en términos generales y especialmente para las clases menos favorecidas, el divorcio y la maternidad en soltería no son buenas para los niños.⁹

Philip Kilbride¹⁰, profesor de antropología en el Bryn Mawr College, dice que el matrimonio plural no es una práctica sexual sino “un tipo de familia, una que es la ideal en la mayoría de culturas en el mundo, aunque sea la monogamia la norma estadística en las mis-

mas”. Considera que la poligamia sería lo mejor para los niños en una sociedad como la americana con un porcentaje de divorcio del 50%. EE.UU ya son una nación polígama en la práctica, según Robert Wright¹¹. Este importante divulgador científico opina que ya no son un país de monógamos sino de monogamia seriada. “En el entorno de hoy en día, con una monogamia institucionalizada, el poligínico encuentras otras salidas, como el divorcio”. Según algunos investigadores esta poliginia de facto existe en EEUU y otros países occidentales, y esto puede ser peor que la poliginia legal. Wright lo ilustra con el ejemplo de Johnny Carson, un conocido presentador de la televisión americana, un hombre respetado, de alto estatus social, que ha monopolizado durante años períodos de la vida de varias mujeres jóvenes en edad reproductiva, casándose varias veces.

Desde un punto de vista darwinista, si abandonamos una perspectiva antropocéntrica y adoptamos una cierta mirada relativista, los hombres querrían el mayor número de proveedoras de sexo y bebés y las mujeres maximizar los recursos que van a obtener sus hijos. La poliginia tiene su atractivo para las mujeres porque beneficia a aquellas cuya única opción sería un hombre pobre y quizás preferirían compartir medio o un cuarto de uno de rico. Los psicólogos han demostrado que esta atracción por el poderoso sigue existiendo. Se podría pensar que estas reflexiones resultan anacrónicas en una sociedad donde la mujer ha entrado en el mercado de trabajo y muchas veces gana más que el hombre. En las revistas también vemos cómo, al igual que Johnny Carson, las maduras ricas y famosas ya no buscan hombres de su edad o mayores. El hecho de que el matrimonio ya no sea “para toda la vida” también comporta que ambos sexos sean más atrevidos a la hora de emparejarse y se salgan de las pau-

tas tradicionales. Y también lo favorece el que las técnicas modernas de fertilización y otros avances permitan maternidades en edades que antes no se planteaban o eran de alto riesgo. Pero no olvidemos que estamos hablando de los instintos románticos más profundos de las mujeres, no de las nuevas alternativas de pareja. Hablamos de instintos que se desarrollaron en un entorno donde los machos controlaban la mayor parte de los recursos y que transcurren, inmodificados, de forma subterránea pero real.

Problemas

No es una opción para un hombre pobre, o feo, o sin cualquier tipo de estatus. En el 43% de las 980 culturas poligínicas, la poliginia esta considerada “ocasional”. Y donde es común, tener muchas esposas es algo reservado, por lo general, a unos pocos hombres que pueden permitírselo o que por motivos de rango se considera que tienen derecho a ello. Por ello, durante siglos, la mayoría de los matrimonios han sido monógamos aunque no lo hayan sido la mayoría de las sociedades. Lo que está claro es que la poliginia es “natural” en el sentido de que cuando los hombres tienen oportunidad de tener más de una mujer la aprovechan¹².

Pero natural no significa bueno. Es la falacia naturalista. El *es* no obliga un *debe*, y hay efectos colaterales que hemos aprendido a neutralizar. Por regla general, en todo el reino animal, cuanto más polígamo es el sistema de emparejamiento, mayores son las diferencias de mortalidad entre los sexos¹³. Tanto en el caso de la monogamia seriada como en el de la poliginia las consecuencias sobre los hombres y sobre la sociedad en general son importantes. Sólo hay 25 años de vida fértil por mujer. “Cuando algunos hombres controlan más de 25 años de vida fértil femenina, otros hombres se las han de arreglar con menos”¹⁴. Cuando habla del ejemplo del presentador Johnny

Carson, R. Wright dice: “en algún lugar debe haber un hombre deseoso de una familia y de una bonita esposa que, si no hubiera sido por Carson y otros como él, podría haber tenido todo eso. Y si se ha hecho con una más ha sido a costa de arrancársela a otro hombre. Si a los Carson les añades los hombres jóvenes que viven con una chica durante 5 años antes de decidir si se casan o no, y luego prueban con otra, al final se casan a los 35 con una chica de 25 el efecto neto en la sociedad es remarcable.” Si en 1960 la fracción de la población americana de 40 años o mayor que nunca se había casado era igual tanto para hombres como para mujeres, en 1990 este número era mucho mayor para los hombres que para las mujeres. Wright no cree que sea una locura pensar que si muchos de los vagabundos alcohólicos hubieran llegado a la mayoría de edad en los 60, en una época de reparto más equitativo entre sexos, habrían encontrado pronto una esposa y adoptado una vida de menos riesgo y menos autodestructiva.

No: dejar multitud de hombres sin mujer no sólo no es igualitario; es un peligro. Los machos han competido durante milenios por un bien escaso: las hembras. Quedarse sin descendencia es un coste tan alto que esta competencia tiene tintes feroces. En todas las culturas los hombres son los originarios de la mayor parte de la agresividad e, incluso, del crimen. Según David Buss¹⁵, en 1972 en Detroit, el 69% de las víctimas y el 73% de los asesinos eran hombres solteros. Un hombre soltero de 24 a 35 años tiene tres veces más posibilidades de matar a otro que un casado de su misma edad¹⁶.

La obsesión del hombre por el status es un reflejo de la necesidad de respeto ancestral que garantizaba un acceso preferente al sexo. Es uno de los motivos que se barajan ante la violencia de algunas naciones conflictivas, particularmente las islámicas: el

alto precio de conseguir una esposa. Y no sólo las islámicas, lo mismo ocurre en el interior de las sectas cristianas que promueven la poligamia. “Sostener la poligamia obliga a expulsar a muchos adolescentes varones”, denuncia la Hope Organization, una ONG que ayuda a los perjudicados por el mormonismo en EEUU¹⁷. Una nación poliginica, con un número elevado de hombres de bajos ingresos y solteros, no es la clase de lugar donde uno elegiría vivir.

Tampoco las mujeres de cultura musulmana son mayoritariamente felices con estas leyes. Encontramos este lamento en un blog escrito por una mujer musulmana: “en los argumentos que avanzan en la justificación de las ventajas sociológicas de la poligamia, nunca se hace referencia a la primera mujer, sus derechos, su razón de ser y su dignidad, sin hablar del traumatismo psicológico que sufren los niños dentro de esta saga griega, en la cual el héroe es el hombre que se casa con una segunda, tercera y cuarta mujer para salvar a los huérfanos y a las mujeres desamparadas, dejando en cada parada una mujer destrozada y unos niños con un amalgama de complejos psicológicos; en nombre de la buena causa se salva a una familia destrozando a otra... ¿Acaso el modelo poligámico tiene tanto éxito que hay que llevarlo como una bandera del Islam a todas partes?, ¿ha mejorado la situación de la mujer hasta tal punto que hay que considerarlo un modelo de liberación y igualdad?, ¿o es que la última tendencia de la humanidad es santificar al marqués de Sade?”¹⁸.

El Islam permite la poligamia como una solución a determinadas situaciones sociales, particularmente cuando hay más mujeres que hombres y, también, para facilitar el matrimonio a viudas, huérfanas y divorciadas. Para reclamar su legalización se avienen sus portavoces a exhibir motivos tan objetivos como estos. Pero, como vere-

mos, no los aceptan en el caso contrario, la poliandria. Su fin no es compensar una desigualdad sino imponer unos principios religiosos. Si hubiera una epidemia que dejase a la población con un pequeño número de mujeres, no aceptarían la poliandria para que esos hombres tuvieran la oportunidad de tener una pareja aunque fuera compartida. Su programa es el reflejo de una ideología no igualitaria, ni con las mujeres, ni con los hombres.

Resumen

Es un rasgo de las sociedades muy desiguales y jerárquicas el ser más violentas¹⁹. Napoleón Chagnon describe qué características tienen las sociedades yanomamo, de cazadores-recolectores, con menos conflicto. Dice: “...cuentan con menos guerreros e inferiores porcentajes de poligamia, mujeres secuestradas y muertes violentas”²⁰. Como ha demostrado la antropóloga Laura Betzig²¹ en sus estudios sobre sociedades preindustriales, la poliginia va a menudo de la mano con culturas extremadamente jerárquicas en su organización política. Suele ir de pareja con el despotismo.

El principal argumento en contra de la poligamia es que va a ser mayormente poliginica. Y ya hemos mencionado su potencial peligro. Como dice Robert Wright²², la falta de igualdad entre hombres es más destructiva socialmente que la falta de igualdad entre mujeres. Este investigador darwinista, que no se enfrenta en su país a un debate sobre la legalización de la poligamia, que no contempla su planteamiento inmediato, aboga por la restauración de la monogamia, de su revaloración frente a una monogamia seriada que considera tan perniciosa como la poliginia. También están de acuerdo con ello Martin Daly y Margo Wilson²³, que consideran al matrimonio monógamo “pacificador”. No sólo el asesinato es más probable en un mundo con parejas inesta-

bles, donde los hombres poderosos controlan un mayor número de mujeres; también lo es la violación, la vida criminal en general y el abuso de alcohol y de drogas. Un sistema poligínico selecciona a los machos que corren riesgos para competir con otros machos, para conseguir los recursos que desean las hembras y para cortejarlas y perseguirlas. Como dice David Buss²⁴, incluso en una dinámica sexual ligeramente poligínica como la humana, esta competencia ancestral entre machos “es la responsable de la evolución de las tendencias masculinas a arriesgarse que llevan a tener éxito en el emparejamiento a costa de vivir menos”.

Como una gran parte de la inmigración que llega a nuestro país proviene de culturas musulmanas, es de prever que si se permitiera el matrimonio poligámico en nuestras sociedades occidentales, éste sería aprovechado básicamente por los ciudadanos de origen musulmán; sin descartar el efecto que esto tendría en algunos grupos cristianos de práctica polígama, gente que no deja de ser curiosa puesto que el cristianismo ha sido un vehículo ancestral para la monogamia, cosa por otro lado muy consecuente con su mensaje a favor de los hombres pobres y sin poder.

Aunque el alegato que hace un defensor de la poligamia como Mansur Escudero tenga cierto sentido objetivo, éste se pierde porque rechaza que existan argumentos por encima de particularidades religiosas o de grupo. Utilizar el prisma religioso es un peligro para nuestro sistema de derechos y libertades. Aunque dice que “los musulmanes no nos hemos opuesto a que el Estado regule el matrimonio homosexual, pese a no estar permitido para nosotros”, su único motivo ha sido precisamente el que deja la puerta abierta a que pueda considerarse jurídicamente la poligamia. Él cree, con la antigua confusión entre libertad y libertinaje, que una sociedad que tolera “la

prostitución y las amantes” y que “hace legal el matrimonio entre homosexuales”, debiera consentir esa práctica. Pero inmediatamente precisa que estaría abierta sólo para los hombres. Y aquí ya no hay motivaciones objetivas, ni batallas de Uhdu. Simplemente, la poliandria no sería una opción. Si se le pregunta por qué, responde: “podríamos buscar razones, y las encontraríamos, pero el criterio último es que no está contemplada en el Corán, que es nuestra referencia ética”.

Para este viaje no vamos a necesitar esas alforjas. Así que prescindamos de razonamientos ideológicos o religiosos que no nos pueden llevar ni al consenso razonado ni al debate constructivo. Analizando el matrimonio vemos que el darwinismo sí nos ayuda a intuir qué instituciones sirven mejor a una sociedad más justa y más libre. También arroja luz sobre los costes de esta falta de igualdad en la más básica de las necesidades humanas: la de tener pareja y familia. Nos permite valorar la poligamia a la luz de la ciencia y de la razón y adivinar que el riesgo predecible será una mayor violencia e inestabilidad. La monogamia es una expresión de la igualdad, de los valores igualitarios. Digamos esto con la boca pequeña porque, en realidad, es una expresión de igualitarismo “entre hombres”: en nuestro paisaje ancestral, nosotras éramos el simio pequeño y con eso está dicho, si no todo, mucho. Monopolizar varias esposas tiene efectos poco igualitarios para los hombres y va en contra de los menos aventajados. A medida que la vida y la distribución del poder se fueron haciendo más democráticas, la poliginia se fue haciendo más insostenible. Aunque las mujeres más deseables siguieron siendo para los más afortunados, por lo menos la monogamia les obligaba a quedarse sólo con una.

Por otro lado, si valoramos negativamente la poligamia, debemos echar una mirada muy crítica a esta monogamia seriada

que denuncian los investigadores sociales y que es equivalente en muchos sentidos a la poligamia. Para los que creen que el darwinismo es una expresión del neoliberalismo y de la exaltación del más fuerte, será una sorpresa saber que, para algunos científicos que siguen sus postulados, la fórmula ideal para fortalecer el matrimonio monógamo sería fomentar el igualitarismo con una mejor redistribución de la renta. En resumen, “la monogamia se compagina mejor con los valores igualitarios de una democracia. Un hombre, un voto; un hombre, una mujer”²⁵. Nos interesa fortalecerla y respetarla. Un mejor conocimiento de la naturaleza humana fundamentado científicamente nos puede ayudar a dotarnos de principios morales básicos mucho más sólidos que los puramente tradicionales o basados en creencias de grupo. Aunque muchos de estos principios y enseñanzas van a coincidir con estos puesto que, como ya sabían nuestros abuelos y Cole Porter, “when this world began, It was heaven’s plan, there should be a girl for every single man”. Ni más ni menos. No desdeñamos, en absoluto, la “folk wisdom”. **“when this world began, It was heaven’s plan, there should be a girl for every single man”. Ni más ni menos. No desdeñamos, en absoluto, la “folk wisdom”.**

(Footnotes)

¹ Sobre las cristianas, ver: <http://www.pro-polygamy.com/> y <http://www.truthbearer.org/>. Respecto a las islámicas, hay varias de ellas como: <http://www.webislam.com>.

² Esto, en principio. Porque tampoco tendría que haber objeción al matrimonio lésbico poligínico o al matrimonio homo poliándrico.

³ En 1992 durante la negociación previa a la firma del Acuerdo de Cooperación entre la Comisión Islámica de España y el Estado, se efectuó una petición formal para la legalización de la poligamia en el territorio español

⁴ Trivers, R. L.. “Parental investment and sexual selection”. In B. Campbell (Ed.) y *Sexual selection and the descent of man*, 1871-1971, Aldine, Chicago, 1972, págs 136-179.

⁵ <http://en.wikipedia.org/wiki/Ri->

chard_D._Alexander. *Natural Selection and Social Behavior. Recent Research and New Theory*. Chiron Press. with D. W. Tinkle (eds.), New York, 1981.

⁶ Ambrosio Garcia Leal. *La conjura de los machos*. Ed. Metatemas

⁷ <http://blogs.ideal.es/Lareinamora>.

⁸ http://www.webislam.com/numeros/2005/277/opinion/entrevista_mansur_poligamia.htm

⁹ *Homicide 1988*. Ed. Aldine Transaction y *The truth about Cinderella: A Darwinian view of parental love*. Weidenfeld & Nicholson, 1998.

¹⁰ *Plural Marriage for Our Times: A Reinvented Option?* (Bergin & Garvey; 1994).

¹¹ Robert Wright: *The Moral Animal*. 1994. Vintage Books.

¹² Robert Wright, *Idem*.

¹³ David Buss. *The Murderer Next Door: Why the Mind is Designed to Kill*. Penguin Press, New York, 2005.

¹⁴ Robert Wright, *The Moral Animal*.

¹⁵ David Buss, *La evolución del deseo*. Alianza Editorial, 1996.

¹⁶ Robert Wright, *The Moral Animal*.

¹⁷ http://www-org.lavanguardia.es/premium/pdf/PdfShow?actionformulari=http://www-org.lavanguardia.es/premium/pdf/PdfShow&paction=showpdf&p_data=20070204&p_dia=20070204&id=55059718&id=55059721

¹⁸ <http://blogs.ideal.es/Lareinamora>.

¹⁹ Richard Wilkinson. *Las desigualdades perjudican. Jerarquías, salud y evolución humana*. Ed. Crítica 2000.

²⁰ *Yanomamö, la última gran tribu*. Ed. Alba. 2006

²¹ <http://laurabetzig.org/>

²² Robert Wright. *The moral Animal*.

²³ <http://psych.mcmaster.ca/dalywilson/Risk-taking.pdf>. También en su libro *Homicide*.

²⁴ David Buss, *La evolución del deseo*. Alianza Editorial, 1996.

²⁵ Robert Wright, en *Styles of Polygamy*. En <http://www.slate.com/id/2013/>